

TERCER DOMINGO DE EPIFANÍA
Lucas 4,14-21. Jesús comienza su ministerio
(Judith Buchanan)

Una vez más, las elecciones se acercan en España y los partidos han empezado a hacer sus manifiestos para convencernos de la bondad de sus programas para gobernar este país. Cada uno aborda los problemas del día, pero con un acento distinto según sus prioridades. Al examinar los manifiestos con cuidado, podemos llegar a nuestras conclusiones en cuanto a cómo es cada partido y cuáles son sus prioridades e intenciones.

En Lucas 4,14-21 encontramos lo que podríamos llamar el “manifiesto” de Jesús. Es el relato de la ocasión en la que Jesús dejará muy claro ante el pueblo quién es y cuál es la naturaleza de su ministerio. Ocurre en el principio de su ministerio y marca las pautas de todo cuanto ocurrirá después. Al adentrarnos en el pasaje, intentaremos contestar a las preguntas que nos suelen acudir a la mente cuando vemos un posible futuro líder de gobierno: ¿quién es?, ¿qué prioridades tiene?, ¿cuándo empieza su programa?.

¿Quién es?

Al presentarse en la sinagoga de Nazaret, Jesús ya ha predicado en varios lugares y tiene cierta fama (4,14-15). Ya ha llegado el gran momento para presentarse formalmente a la gente. Para hacerlo elige estar en su propio pueblo y no intenta algo espectacular para llamar su atención; prefiere usar la vía normal de la comunicación: la sinagoga. El texto da la impresión de que está participando en una reunión normal, donde siempre había una lectura de las Escrituras. Se turnaban para leerla y después había un sermón, para lo cual el predicador se sentaba. Ese día le tocaba a Jesús leer y predicar, y a tal fin elige el pasaje con cuidado, para que sea un tipo de manifiesto que deje claro la naturaleza de su liderazgo.

En concreto, lee un texto de Isaías. Es un anuncio acerca de alguien que ha sido ungido por Dios para anunciar buenas nuevas a su pueblo. Originalmente fueron palabras proféticas dirigidas al pueblo desterrado en Babilonia. Recordaban a ese pueblo sufriente que Dios no le había olvidado. Al contrario, Dios le iba a perdonar, liberar de sus opresores y dar luz en medio de la oscuridad.

Jesús toma las palabras y las hace suyas (v.21). Él es el ungido de Dios.

En Lucas, Jesús es ungido en su bautismo por el Espíritu (3,22). Y luego será el Espíritu quién le dará dirección y poder para su ministerio (4,1 y 14). Lógicamente, aquí en su “manifiesto” (su presentación de su ministerio), Jesús se presenta como capacitado por el Espíritu. Ha sido capacitado para llevar a cabo el tipo de programa que presenta. Es decir, ha sido capacitado para “anunciar el evangelio a los pobres” (v.18) y para “proclamar el año agradable del Señor” (v.19).

En el Antiguo Testamento hay tres grupos de personas ungidas: reyes, sacerdotes y profetas. Jesús es un profeta como Isaías, que comunica el mensaje de Dios al pueblo. Antiguamente los profetas llamaban al pueblo a cambiar de manera de pensar y obrar. Era necesario porque fácilmente la gente se adaptaba a lo que le rodeaba y actuaba como los demás. Así se centraba sobre sí misma y por eso sus acciones fueron gobernadas por lo que sentía: envi-

dia, codicia, celos, el deseo de dominar y de mandar etc. El resultado fue que se cometían injusticias, todo tipo de idolatrías, violencias, etc. Los profetas eran voces que iban contra corriente e interpelaban a la gente a la justicia, al amor, a la paz y a seguir a Dios y a participar de sus planes. Jesús se presenta en Lucas como este tipo de profeta.

¿Qué prioridades tiene?

Jesús se presenta aquí como un profeta con un mensaje para encaminar al pueblo en los caminos de Dios. En este texto vemos el contenido de este mensaje y las prioridades de Jesús. En primer lugar, vemos que su mensaje es el “evangelio para los pobres” (v.18). Fácilmente espiritualizamos todo, pero en el evangelio de Lucas hay un sentido más literal. En 7,18-22 descubrimos que los pobres son los marginados: los ciegos, los cojos, los leprosos y los sordos. Son las personas que vivían de la limosna y el evangelio es para todos ellas. Lucas también nos explica como es el Reino de Dios a través de la parábola del gran banquete, en el que todos los marginados se sientan a la mesa: los pobres, los mancos, los ciegos y los cojos (14,15-24).

Hoy día, en España cuando pensamos en marginados, pensamos en los inmigrantes, los drogadictos, los alcohólicos, las prostitutas, las personas con SIDA, los gitanos y los chabolistas. Pues ésa es la gente a la que el mensaje de Jesús va dirigido. Esta gente es la prioridad de Jesús.

El mensaje de Jesús es uno de “libertad a cautivos y oprimidos” y “vista a ciegos” (vv.18-19). Si leemos el resto del evangelio, nos damos cuenta de que aunque no tenía un programa radical de reforma social, tampoco es posible ver su ministerio como exclusivamente espiritual. Por una parte, Jesús sanaba a gente como el leproso de 5,12-14 y así le proporcionó libertad de la mendicidad, mientras que por otra parte ofrecía una libertad espiritual a las personas a las que perdonó sus pecados (7,36-50). Parece que Jesús ofrece libertad en todos sus sentidos a los pobres, los marginados y los necesitados. Su ministerio fue una demostración de la verdad de sus intenciones y así llegó a ser “luz para los ciegos”, dado que traía esperanza a las vidas de los que más la necesitaban.

El v.19 es probablemente una referencia al año del jubileo descrito en Lev 25 y Deut 15. Era el año en que todas las deudas se cancelaban, todas las propiedades se devolvían a sus dueños, y todos los esclavos eran manumitidos y la tierra descansaba (barbecho). Parece un idealismo poco práctico y se cuestiona hasta qué punto se ponía en práctica. No obstante, es como un pequeño reflejo del Reino de Dios donde reina el perdón, el amor, la paz y la igualdad. Esto es lo que Jesús anuncia en este pasaje y lo que constituyó la prioridad de su ministerio.

¿Cuándo empieza su programa?

Con los políticos y sus manifiestos siempre queda la pregunta: ¿cuándo? Jesús la contesta en el v.21: “hoy”. En el resto del capítulo le vemos llevándolo a la práctica. Sigue llevando a cabo este programa de ministerio a lo largo de todo el evangelio, no solamente en un sentido físico con las sanidades, sino también en un sentido espiritual perdonando pecados. Con esta misma entrega llega a la cruz. Allí, con su último aliento, es capaz de ofrecer esperanza al hombre marginado muriendo a su lado y de pedir el perdón del Padre por los que le estaban crucificando.

Sin embargo, al final de su vida, no había hecho sino empezar su tarea, porque muchos quedaban todavía sin la buena noticia a los pobres. En Hechos vemos a sus seguidores, ungi-

dos por el Espíritu, tomando el testigo (1,8). Predican el mensaje del evangelio y muchos se arrepienten y creen (3,41) y llevan a la práctica su programa de ministerio, anunciado primero en Nazaret. De verdad fue una buena noticia a los pobres cuando los ricos empezaron a compartir en Jerusalén (Hechos 2,43-47).

Hoy día estamos también ungidos con su Espíritu para anunciar el mismo evangelio, la misma buena noticia a los pobres: los marginados y necesidades. Vivimos en una sociedad donde más y más cada uno busca sus propios intereses y pasa de los demás. Es una sociedad caracterizada por el egoísmo, la envidia, la codicia, los celos y el deseo de dominar a costa de otros. Diariamente las noticias nos llaman la atención sobre las injusticias, la delincuencia y la violencia que parecen ir en aumento. En este ambiente “las buenas nuevas a los pobres” sigue siendo relevante.

Cuando compartimos nuestra fe con otros, ¿es para ellos de verdad una buena nueva?, ¿quiénes son los pobres con los que nos encontramos diariamente?, ¿qué sería para ellos una buena noticia? Muchas veces compartimos el mensaje del evangelio en palabras; pero, ¿cómo debemos compartirlo con los hechos?, ¿cómo podemos abrazar a los pobres en nuestra comunidad aquí?, ¿cómo podemos mostrarles perdón, justicia, amor y paz?

Los manifiestos de los políticos rápidamente llegan a ser algo pasado, pues sus preocupaciones, ideas e intereses cambian. Sin embargo, el programa que Jesús anunció aquel día en Nazaret sigue dándonos las pautas magistrales de su ministerio en el que nos toca participar todavía hoy día. Amén.

Judith Buchanan, El Escorial (Madrid)